

**IMPRIMER**

**MISS HARRIET**

**GUY DE MAUPASSANT**

Editado por  
**elaleph.com**

© 2000 – Copyright [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)  
Todos los Derechos Reservados

## I

Éramos siete en el break: cuatro mujeres y tres hombres, uno de los cuales iba en el pescante, al lado del cochero; y el coche subía, arrastrado por los caballos, la gran pendiente por la que serpenteaba el camino.

Habíamos salido de Etretat al alba, para ir a visitar las ruinas de Tancarville y todavía dormitábamos, embotados, en el aire fresco de la mañana. Sobre todo las mujeres, poco acostumbradas a esos madrugones de cazadores, bajaban los párpados a cada instante y cabeceaban o bostezaban, insensibles a la emoción del amanecer.

Era un otoño. A ambos lados del camino se extendían los campos desnudos, amarilleados por los tallos de la avena y el trigo segados, que cubrían el suelo como una barba mal afeitada. La tierra brumosa parecía humear. Las alondras cantaban en el aire y otros pájaros piaban en los matorrales.

Por fin el sol apareció frente a nosotros, rojo, en el borde del horizonte; y a medida que se elevaba, más claro a cada instante, la campiña parecía despertar, sonreír, sacudirse y quitarse, como una joven que deja la cama, su camisa de vapores blancos. El conde de Etraille, desde el pescante, gritó:

-¡Fíjense, una liebre!

Y extendió el brazo hacia la izquierda, señalando una parcela de trébol. El animal escapaba, casi oculto entre las matas, mostrando sólo sus grandes orejas; luego corrió a través de un terreno labrado, se detuvo, retomó su loca carrera, cambió de dirección, se detuvo de nuevo, inquieto, atento a cualquier peligro, sin decidirse a elegir un camino; luego se largó a correr dando grandes saltos con sus patas traseras y desapareció en un gran plantío de remolachas. Todos los hombres se regocijaron siguiendo la marcha del animal.

René Lemanoir dijo:

-No somos galantes esta mañana -y mirando a su vecina la pequeña baronesa de Serennes, que luchaba contra el sueño, le dijo a

media voz -Usted piensa en su marido, baronesa. Tranquilícese, no vuelve hasta el sábado. Todavía le quedan a usted cuatro días.

Ella respondió, con una sonrisa adormecida. -¡Qué tonto es usted! -Y sacudiendo su modorra agregó-: A ver, díganos algo que nos haga reír.

Usted, señor Chenal, que pasa por haber sido más afortunado que el duque de Richelieu, cuente una historia de amor que le haya ocurrido, lo que usted quiera.

León Chenal, un viejo pintor que había sido muy buen mozo, muy fuerte, muy orgulloso de su figura y muy amado, se acarició la larga barba canosa y sonrió, y después de reflexionar un momento, poniéndose serio de pronto, dijo:

-No será una historia alegre, señoras; voy a contar el más lamentable amor de mi vida. Y deseo a mis amigos que no inspiren uno semejante.

## II

Tenía yo por entonces veinticinco años y hacía vida de pintor a lo largo de las costas normandas..

Llamo "hacer vida de pintor" a ese vagabundear con una bolsa al hombro, de albergue en albergue, con el pretexto de hacer bocetos y paisajes del natural. No conozco nada mejor que esa vida errante, al azar. Uno es libre, sin trabas de ninguna clase, sin cuidados, sin preocupaciones, sin pensar siquiera en el día de mañana. Tomamos el camino que nos place sin más guía que nuestra propia fantasía, sin otro consejero que el placer de la vista. Nos detenemos porque un arroyo nos ha seducido o porque nos ha gustado el olor de papas fritas frente a la puerta de una hostería. A veces es un perfume de clemátide lo que decide nuestra elección, o la mirada furtiva de una muchacha de la posada. No menospreciéis esas trenzas rústicas. Esas jóvenes tienen un alma y también sentido, y mejillas tersas y labios frescos; su beso violento es fuerte y sabroso como una fruta salvaje. El amor tiene siempre precio, venga de donde venga. Un corazón que late cuando aparecéis, unos ojos que lloran cuando os vais, son cosas tan extrañas, tan dulces, tan preciosas, que nunca se las debe despreciar.

Conocí citas en zanjas llenas de primaveras, detrás del establo donde duermen las vacas, y sobre la paja de graneros que aún conservaban el calor del sol.

Conservo recuerdos de gruesas telas grises sobre carnes elásticas y firmes, y nostalgias de ingenuas y francas caricias, más delicadas, en su sincera brutalidad, que los sutiles placeres ofrecidos por mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que más nos encanta en esas correrías a la aventura, son la campiña, los bosques, los amaneceres, los claros de luna. Son, para los pintores, viajes de luna de miel con la tierra. Estamos a solas con ella en una larga cita tranquila. Nos acostamos en una pradera, en medio de las margaritas y las amapolas, y con los ojos abiertos, bajo la clara luz

del sol, miramos a lo lejos la aldea, con su campanario puntiagudo que da las doce.

Nos sentamos junto a un manantial que surge al pie de una encina, en medio de una cabellera de hierbas tenues, altas, relucientes de vida. Nos arrodillamos, nos inclinamos y bebemos esa agua fría y transparente que nos moja los bigotes y la nariz, la bebemos con placer físico, como si besáramos la fuente boca a boca. A veces, cuando encontramos un agujero en esos arroyuelos, nos hundimos en él, desnudos, y sentimos sobre la piel, de la cabeza a los pies, una suerte de caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

Nos sentimos alegres en la colina, melancólicos al borde de los estanques, exaltados cuando el sol se sumerge en un océano de nubes sangrientas y arroja sobre el agua reflejos rojos. Y de noche bajo la luna que pasa por el fondo del cielo, pensamos en mil cosas singulares que no nos vendrían a la mente bajo la ardiente claridad del día. Así, vagabundeando por esta misma región en que nos hallamos este año, llegué una noche a la aldea de Bénouville, sobre el acantilado. entre Yport y Etretat. Venía de Fécany, siguiendo la costa, la alta costa vertical como una muralla, con sus saledizos de rocas gredosas que caen a pico en el mar.

Había caminado desde la mañana sobre ese césped liso, fino y suave como una alfombra, que crece al borde del abismo bajo el salado viento de alta mar. Y cantando a voz en cuello, y andando a zancadas, mirando ya la huida lenta y redondeada de una gaviota que paseaba por el cielo la curva blanca de sus alas, ya la vela oscura de un barco pesquero en el mar, había pasado un día feliz de despreocupación y libertad.

Me señalaron una pequeña granja donde daban alojamiento a los viajeros, una especie de albergue regido por una campesina, en medio de un corral normando rodeado por una doble fila de hayas. Me alejé del acantilado, acercándome al caserío encerrado en sus altos árboles y me presenté a la tía Lecacheur.

Era una vieja campesina, arrugada, severa, que parecía recibir siempre a sus clientes contra su gusto, con una suerte de desconfianza.

Estábamos en mayo; los manzanos en flor cubrían el corral con un techo de flores perfumadas, esparciendo continuamente una lluvia arremolinada de pétalos rosados que caían sobre la gente y sobre la hierba.

Pregunté:

-Dígame usted, señora Lecacheur: ¿tiene una habitación para mí?

Asombrada de ver que sabía su nombre, respondió:

-Según; todas están ocupadas. De todos modos se podría ver.

En cinco minutos nos pusimos de acuerdo, dejé mi bolsa en el piso de tierra de ama pieza rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y una jofaina. Estaba al lado de la cocina grande, ahumada, en la que los pensionistas comían con la gente de la granja y la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y salí. La vieja estaba guisando un pollo para la cena en la ancha chimenea, donde pendía la cadena ennegrecida por el humo.

-¿Tiene usted forasteros en este momento? -le pregunté.

Con aire disgustado me contestó:

-Tengo una dama, una inglesa de edad. Ocupa la otra habitación.

Mediante el aumento de unos centavos diarios, obtuve la ventaja de comer solo en el patio cuando hiciera buen tiempo.

Pusieron la mesa frente a mi puerta y empecé a destrozarme dentelladas la carne flaca de la gallina normanda, bebiendo sidra clara y masticando un gran pan blanco de cuatro días, pero excelente.

De pronto, la puerta de madera que daba al camino se abrió y una extraña persona se dirigió hacia la casa. Era muy delgada, muy alta, ceñida de tal modo en un chal escocés a cuadros rojos, que se le hubiera creído privada de brazos si no asomara un alarga mano a la altura de la cadera, sosteniendo una sombrilla blanca de turista. Su cara de momia, rodeada de bucles de cabello gris que brincaban a cada paso me hizo pensar, no se por qué, en un arenque alado tocado con una

cofia. Pasó frente a mí de prisa, bajando los ojos, y se metió en la bañia.

La singular aparición me solazó; seguramente era mi vecina, la inglesa de edad de quien me había hablado nuestra posadera.

Ese día no volví a verla. Al día siguiente, habiéndome instalado para pintar al fondo de ese encantador valle que ustedes conocen y que baja hasta Etretat, observé, al levantar la vista de pronto, algo singular erguido sobre la cresta del collado; se hubiera dicho que era un mástil empavesado. Era ella. Al verme, desapareció.

Volví a la posada al mediodía para almorzar y ocupé un lugar junto a la mesa común, para trabar relación con esta vieja original. Pero ella no respondió a mis cortesías, insensible incluso a mis atenciones. Le servía agua obstinadamente, le pasaba los platos con diligencia. Un ligero movimiento de cabeza, casi imperceptible, y una palabra inglesa murmurada tan bajo que no la entendí fueron su único agradecimiento.

Dejé de ocuparme de ella, aunque continuaba inquietándome. Al cabo de tres días sabía tanto de ella como la propia señora Lecacheur.

Se llamaba miss Harriet. En busca de una aldea perdida donde pasar el verano, se había detenido en Bénouville hacía cinco semanas y no parecía dispuesta a irse. Nunca hablaba en la mesa; comía rápidamente mientras leía un librito de propaganda protestante. Regalaba libros como ése a todo el mundo. Hasta el cura recibió cuatro ejemplares que ella le envió por un muchacho a quien pagó unos centavos por el servicio. A veces le decía a nuestra posadera, de pronto, sin que nada preparase su declaración:

-Amo al Señor por sobre todas las cosas; lo admiro en toda su creación, lo llevo siempre en mi corazón.

Y de inmediato entregaba a la campesina, sorprendida, uno de sus folletos destinados a convertir el universo.

En la aldea no la querían. El maestro de escuela había declarado: "Es una atea", desde entonces una especie de reprobación pesaba sobre ella. El cura, consultado por la señora Lecacheur, respondió:



-Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador y para mí es una persona de perfecta moralidad.

Esas palabras, "atea" y "hereje". cuyo significado preciso se ignoraba, arrojaban dudas en la mente de todos. Se decía, además, que la inglesa era rica y que había pasado la vida viajando por todo el mundo, porque su familia la había expulsado. ¿Y por qué su familia la había expulsado? Por su impiedad, naturalmente.

Era; en verdad, una de esas exaltadas con principios, una de esas puritanas obstinadas que Inglaterra produce profusamente, una de esas buenas solteronas insoportables que frecuentan las mesas de las fondas europeas, trastornan a Italia, envenenan a Suiza, hacen insoportables las encantadoras ciudades del Mediterráneo, llevan por todas partes sus extrañas manías, sus costumbres de vestales petrificadas, sus tocados indescriptibles y un cierto olor a caucho que haría creer que por las noches se las guarda en un estuche.

Cuando yo tropezaba con una de ellas en un hotel, huía como las aves que ven un espantapájaros en el campo.

Ésta, sin embargo, me parecía tan singular que no me disgustaba.

La señora Lecacheur, hostil por instinto a todo lo que no era campesino, sentía en su espíritu estrecho una especie de odio por las maneras estáticas de la solterona. Había encontrado una expresión para calificarla, una expresión por cierto despectiva, llegada a sus labios no se sabe cómo, atraída por quién sabe qué misterioso esfuerzo mental. Decía: "Es una endemoniada." Y estas palabras, aplicadas a ese ser austero y sentimental, me parecían irresistiblemente cómicas. Yo también la llamaba sólo "la endemoniada", experimentando un curioso placer al pronunciar en alta voz esas sílabas cuando la divisaba.

Pregunté a la señora Lecacheur.

-¿Qué hace hoy nuestra endemoniada?

Y la campesina, con aire escandalizado, respondía:

-¿Creerá usted, señor, que recogió un sapo al que le habían pisado una pata, se lo llevó a su cuarto, lo puso en su jofaina y lo vendó como a un hombre? ¿No es acaso una profanación?

Otra vez, durante un paseo al pie del acantilado, compró un gran pescado que acababan de pescar, sólo para echarlo otra vez al mar. Y aunque el pescador recibió una buena paga, la injurió profusamente, más exasperado que si ella le hubiera quitado dinero del bolsillo. Al cabo de un mes, todavía no podía hablar de eso sin enfurecerse y sin repetir sus denuestos. ¡Ah, sí, miss Harriet era una endemoniada: la tía Lecacheur había tenido una inspiración genial al bautizarla así.

El mozo de cuadra, a quien llamaban el Zapador porque en su juventud había hecho el servicio militar en África, abrigaba otras opiniones. Decía, con tono intencionado:

-Esa es una vieja que hizo de las suyas.

¡Si la pobre solterona lo hubiera sabido!

Celeste, la pequeña criada, no la servía con buena voluntad, sin que yo comprendiera por qué. Quizá solamente porque era extranjera, de otra raza, de otro idioma, de otra religión. ¡Era sin duda una endemoniada!

Pasaba su tiempo vagando por la campiña, buscando y adorando a Dios en la naturaleza. Una tarde la encontré arrodillada en un zarzal. Como viera algo rojo entre las hojas, separé unas ramas y miss Harriet se levantó, confusa porque se la hubiera visto así, fijando en mí sus ojos azorados como los de los búhos sorprendidos en pleno día.

A veces, cuando yo trabajaba en las rocas, la divisaba de pronto al borde del acantilado, como la señal de un semáforo, mostrando apasionadamente el ancho mar dorado por la luz y el gran cielo tímido de fuego.

A veces la descubría en el fondo de una cañada, caminando de prisa con su paso elástico de inglesa, y me dirigía entonces hacia ella, atraído no sé por qué, sólo para ver su rostro de iluminada, su rostro seco, indescriptible, pleno de una alegría interior y profunda.

A menudo la encontraba también al borde de una quinta, sentada en la hierba, bajo la sombra de un manzano, con su librito bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada flotando a lo lejos. Porque yo tampoco me marchaba, ligado a esa comarca apacible por los mil lazos riel amor que sentía por sus anchos y dulces paisajes. Me sentía bien en

esta granja ignorada, lejos de todo, cerca de la tierra, de la buena, sana y verde tierra que un día nutriremos con nuestro cuerpo. Y acaso -debo confesarlo-, una pequeña curiosidad me retenía en casa de la tía Lecacheur. Hubiera querido conocer un poco a esa extraña miss Harriet y saber qué pasa en las almas de esas viejas inglesas errantes.

### III

Trabamos relación de manera singular. Yo terminaba un estudio que me parecía excelente y que lo era. Lo vendí en diez mil francos quince años después. Por otra parte, era más simple que dos y dos son cuatro y estaba fuera de las reglas académicas. Todo el lado izquierdo de mi tela representaba una roca, una enorme roca rugosa, cubierta de alas pardas, amarillas y rojas, sobre la cual el sol se derramaba como el aceite. La luz, sin que se viera el astro, oculto detrás de mí, caía sobre la piedra y la doraba con fuego. Era eso. Un primer plano de pasmosa claridad, inflamado, soberbio.

A la derecha, el mar, no el mar azul, el mar pizarra, sino un mar de jade, verdusco, lechoso y duro, también bajo el cielo cargado.

Estaba yo tan contento con mi trabajo, que bailaba cuando volví con él al albergue. Hubiera querido que el mundo entero lo viera en seguida. Recuerdo que se lo mostré a una vaca, al borde del sendero, gritándole:

-¡Mira esto, viejita! No verás a menudo cosas semejantes.

Cuando llegué frente a la casa, llamé en seguida a la señora Leca-cheur gritando en voz en cuello:

-¡Eh, eh, patrona, venga, y mire esto!

La campesina salió y contempló mi obra con ojos estúpidos que no distinguían nada, que no veían siquiera si eso representaba un buey o una casa.

Miss Harriet volvía a la posada y pasó detrás de mí en el preciso momento en que yo extendía el brazo para mostrar mi tela a la posadera. La endemoniada no pudo dejar de verla, pues yo cuidaba de presentarla de manera que no se sustrajera a su mirada.

Se detuvo en seco, embargada, estupefacta. Parece que era su roca, a la que subía para soñar a sus anchas.

Murmuró un "¡Aoh!" británico tan acentuado y halagador que me volví hacia ella sonriendo, y le dije:

-Es mi último estudio, señora.

Ella murmuró, extasiada, cómica y enternecedora:

-¡Oh, señor, usted comprende la naturaleza de manera palpitante!

A fe mía que me ruboricé, más conmovido por ese cumplido que si hubiera sido el de una reina. Estaba seducido, conquistado, vencido. La hubiera besado, ¡palabra de honor!

Me senté a su lado, a la mesa, como de costumbre.

Por primera vez hablé, continuando su pensamiento en alta voz.

-¡Oh, yo adoro tanto la naturaleza!

Le ofrecí pan, agua, vino, que ella aceptaba ahora con una sonrisita de momia. Y empecé a hablar de paisajes.

Después de comer, nos levantamos al mismo tiempo y nos pusimos a caminar por el corral: luego, sin duda atraído por el incendio formidable que el sol poniente encendía en el mar, abrí la puerta que daba al acantilado y partimos, uno al lado del otro, contentos como dos personas que acaban de comprenderse y compenetrarse.

Era una tarde tibia, suave, una de esas tardes de bienestar, en que la carne y el espíritu son felices.

Todo es gozo y todo encanto.

El aire tibio, embalsamado, lleno de olor a hierba y a algas acaricia el olfato con su perfume salvaje, acaricia el paladar con su sabor marino, acaricia el espíritu con su dulzura penetrante. Caminábamos ahora por el borde del abismo, sobre el extenso mar en el que, cien metros más abajo, rodaban pequeñas olas. Y bebíamos, con la boca abierta y el pecho dilatado, esa brisa fresca que había cruzado el océano y resbalaba sobre nuestra piel, lenta y salada por el largo beso de las olas.

Apretada en su chal a cuadros, con expresión inspirada y los dientes al viento, la inglesa miraba el sol enorme que descendía hacia el mar frente a nosotros, allá lejos, en el límite de la vista, un barco de tres mástiles con todas sus velas desplegarlas dibujaba su silueta sobre el cielo inflamado, y un vapor, más cercano, pasaba echando su humareda, que dejaba detrás de él una nube sin fin atravesando todo el horizonte.

El globo rojo continuaba descendiendo, lentamente. Y por fin tocó el agua, precisamente detrás del navío inmóvil, que apareció entonces en un marco de fuego, en medio del astro resplandeciente. Se hundía poco a poco, devorado por el océano. Se lo veía sumergirse, achicarse, desaparecer. Todo había terminado. Sólo la pequeña embarcación mostraba todavía su perfil recortado sobre el fondo de oro del cielo lejano.

Miss Harriet contemplaba con mirada apasionada el flamígero fin del día. Y sentía un deseo desmesurado de abrazar el cielo, el mar, todo el horizonte. Murmuró:

-¡Ah, he querido..., he querido... he querido...!

Vi lágrimas en sus ojos. Y continuó:

-Quisiera ser un pajarito para volar hacia el firmamento.

Y permaneció de pie, como yo la había visto a menudo, clavada en el acantilado, roja, envuelta en su chal de púrpura.

Sentí deseos de hacer un croquis de ella en mi álbum. Se hubiera dicho que era la caricatura del éxtasis.

Me volví para no sonreír.

Después le hablé de pintura como lo hubiera hecho con un camarada, señalando los tonos, los valores, las fuerzas, con los términos del oficio. Ella me escuchaba atentamente, comprendiendo, tratando de adivinar el sentido oscuro de las palabras, de penetrar mi pensamiento. De vez en cuando decía:

-¡Oh, comprendo! Es muy palpitante.

Regresamos.

Al día siguiente, cuando me vio, vine prestamente a tenderme la mano. Y de inmediato nos hicimos amigos.

Era una curiosa criatura; su alma, como provista de resortes, la empujaba a saltos hacia el entusiasmo. Le faltaba el equilibrio, como a todas las mujeres que han llegado solteras a los cincuenta años. Parecía congelada en su inocencia, pero había guardado en su corazón algo muy joven e inflamado. Amaba la naturaleza y los animales con un amor exaltado, fermentado como una bebida demasiado añeja con el amor sensual que no había dado a los hombres.

Es cierto que al ver una perra amamantando a su cría, o una yegua corriendo por un prado con su potrillo entre las patas, un nido lleno de pajaritos piando, con el pico abierto, la cabeza enorme y el cuerpo desnudo, palpitaba con exagerarla emoción.

¡Pobres seres solitarios, errabundos y tristes de las masas de fonda, pobres seres ridículos y lamentables. Yo os amo, desde que la conocí a ella!

Pronto me di cuenta que quería decirme algo, pero que no se atrevía, y su timidez me divertía. Cuando yo salía, por la mañana, con mi caja al hombro, ella me acompañaba hasta el límite de la aldea, muda, visiblemente ansiosa y buscando la manera de comenzar a hablar. Luego se alejaba de mí bruscamente y se iba de prisa, con su paso saltarín.

Por fin, un día se decidió

-Quisiera ver cómo hace sus pinturas. ¿Quiere usted? Siento mucha curiosidad.

Y se sonrojó, como si hubiera dicho palabras muy atrevidas.

La conduje hasta el fondo del vallecito, donde había comenzado un gran estudio.

Se quedó de pie, a mi espalda, siguiendo todos mis gestos con atención concentrada.

Luego de pronto, temiendo acaso molestarte, dijo:

-Gracias -y se fue.

Pero en poco tiempo demostró mayor familiaridad y me acompañó todos los días con visible placer. Traía bajo el brazo su silla plegadiza, negándose siempre a permitirme llevársela, y se sentaba a mi lado. Se quedaba allí durante horas, inmóvil y muda, siguiendo con la mirada todos los movimientos de la punta de mi pincel. Cuando yo obtenía, con una amplia mancha de color aplicada bruscamente con la espátula, un efecto justo e inesperado, ella lanzaba, contra su voluntad, un pequeño "¡Aoh!" de asombro, de alegría y de admiración. Sentía un tierno respeto por mis telas, un respeto casi religioso por esas reproducciones humanas de una parcela de la obra divina. Mis estudios le

parecían como cuadros de santidad; y a veces me hablaba de Dios, tratando de convertirme.

¡Oh! Era un curioso personaje su buen Dios, una especie de filósofo de aldea, sin grandes recursos y sin gran poder, pues se lo figuraba siempre desconsolado por las injusticias cometidas ante él, como si no hubiera podido impedir las.

Estaba en muy buenas relaciones con él; hasta parecía ser confidente de sus secretos y contrariedades. Decía: "Dios quiere" o "Dios no quiere", así como un sargento que anuncia al concripto: "El coronel ha ordenado".

Deploraba en el fondo de su corazón mi ignorancia de las intenciones celestes que se esforzaba en revelarme; y cada día encontraba en mis bolsillos, en mi sombrero, cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de colores, en mis zapatos lustrados frente a mi puerta por la mañana, esos folletos piadosos que, sin duda, ella recibía directamente del Paraíso.

Yo la trataba como a una antigua amiga, con una franqueza cordial. Pero pronto observé que sus maneras habían cambiado. Al principio no le di importancia.

Cuando trabajaba en el fondo de mi cañada o en un profundo camino, la veía aparecer de pronto, llegando con su andar rápido y acompasado. Se sentaba de golpe, sofocada, como si hubiese corrido o como si la agitara alguna emoción profunda. Estaba muy colorada, con ese rubor inglés que ningún otro pueblo posee; luego, sin razón, palidecía; su tez tomaba el color de la tierra y parecía a punto de desmayarse. Poco a poco, sin embargo, yo la veía recobrar su fisonomía habitual y ponerse a hablar.

Pero después, de pronto, dejaba una frase por la mitad, se levantaba y escapaba tan rápida y extrañamente que yo me preguntaba si habría dicho algo que la hubiera disgustado o herido.

Por fin pensé que esas debían ser sus maneras normales, un poco modificadas sin duda, en mi honor, al principio de nuestras relaciones.

Cuando volvía a la granja después de horas de caminata por la costa azotada por el viento, sus largos cabellos retorcidos en espirales



se habían aplastado y colgaban como si sus resortes se hubieran roto. No se inquietaba por ello y venía a comer despreocupada, así despeinada por su hermana la brisa.

Ahora entraba en su habitación para ajustar lo que yo llamaba sus vidrios de lámpara. Y cuando yo le decía con una galantería familiar que siempre la escandalizaba "Hoy está usted más linda que un astro, miss Harriet", un poco de rubor le sabía de inmediato a las mejillas, un rubor de muchacha, un rubor de los quince años.

Después volvió a mostrarse bravía y dejó de venir a verme pintar. Pensé: "Es una crisis; ya le pasará". Pero no pasaba. Cuando yo le hablaba ahora, me contestaba unas veces con indiferencia, otras con sorda irritación. Tenía brusquedades, impaciencias, nervios. Sólo la veía a hora de comer y ya casi no hablábamos.

Creía realmente que la habría ofendido en algo y le pregunté una tarde:

-Miss Harriet ¿por qué no es usted conmigo como antes? ¿Qué le he hecho para disgustarla? ¿Usted me causa mucha pena! Respondió con un curioso acento de cólera.

-Soy con usted igual que antes. No es cierto, no es cierto.

Y corrió a encerrarse en su habitación.

A veces me miraba de modo extraño. Desde entonces me he dicho a mí mismo que los condenados a muerte deben de mirar así a quienes les anuncian el último día de vida. Había en su mirada una especie de locura, una locura mística y violenta; y algo más: una fiebre, un deseo exasperado, impaciente e impotente de lo irrealizado y de lo irrealizable! Y me parecía que también había en ella un combate entre su corazón y una fuerza desconocida que ella quería dominar y aun, quizá, otra cosa...

¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!

## IV

Fue realmente una singular revelación.

Hacía un tiempo que yo trabajaba todas las mañanas, desde el amanecer, en un cuadro cuyo asunto era el siguiente:

Un barranco profundo, encajonado, dominado por dos declives cubiertos de zarzas y árboles, se estiraba, perdido, anegado en ese vapor lechoso, en ese algodón que flota a veces en las cañadas al amanecer. Y al fondo de esa bruma espesa y transparente se veía venir o más bien se adivinaba, una pareja humana, un muchacho y una joven, abrazados, enlazados, ella levantando la cabeza hacia él, él inclinado hacia ella, besándose.

Un primer rayo de sol, deslizándose entre las ramas, atravesaba esa bruma auroral, iluminándola con un reflejo rosado, detrás de los rústicos enamorados, cuyas vagas sombras pasaban sobre un fonda de claridad plateada. Estaba bien, para mí, muy bien. .

Trabajaba en la pendiente que lleva al vallecito de Etretat. Por suerte, aquella mañana, disponía de esa niebla flotante que necesitaba.

Algo se irguió frente a mí, como un fantasma: era miss Harriet. Cuando me vio quiso huir. Pero yo la llamé, gritando:

-Venga, venga usted, señorita, tengo un cuadrito para usted.

Se acercó como a disgusto. Le mostré mi boceto. No dijo nada, pero se quedó inmóvil mirándolo largo rato. y de pronto, se puso a llorar. Lloraba con espasmos nerviosos, como quien ha luchado mucho contra las lágrimas pero ya no puede más y se abandona, aunque resistiendo aún. Me levanté de un salto, emocionado yo también por esa pena que no comprendía y le tomé las manos con un impulso de brusco afecto, el movimiento de un francés que actúa más rápidamente de lo que piensa.

Abandonó sus manos entre las mías durante unos segundos y las sentí estremecerse como si todos sus nervios se hubiesen retorcido. Después las retiró bruscamente; o más bien las arrancó de las mías.

Reconocí ese estremecimiento, pues ya lo había sentido y nada podía engañarme. ¡Ah! El estremecimiento amoroso de una mujer, así tenga quince años o cincuenta, así sea una mujer del pueblo o una dama mundana, me toca directamente el corazón y nunca dejo de comprenderlo.

Todo su pobre ser había temblado, vibrado, desfallecido. Yo lo sabía. Se fue sin que pudiese decirle una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro, y desconsolado como si hubiese cometida un crimen.

No volví para almorzar. Me fui a dar un pasto al borde del acantilado, con tantas ganas de llorar como de reír. La aventura me parecía cómica y deplorable, me sentía ridículo y a ella la juzgaba desgraciada hasta la locura.

Me pregunté qué debía hacer.

Juzgué que no me quedaba otra cosa que irme y en seguida tomé esta decisión.

Después de vagabundear todo el día, algo triste, algo soñador, volví para la hora de la sopa.

Nos sentamos a la mesa como de costumbre. Allí estaba miss Harriet y comía gravemente, sin hablar a nadie y sin levantar los ojos. Por otra parte, su rostro y sus maneras eran las habituales.

Esperé a que terminase la comida, y volviéndome hacia la patrona, dije:

-Bueno, señora Lecacheur, no tardaré mucho en irme.

La buena mujer, sorprendida y apenada, exclamó con su voz monótona:

-¿Qué está diciendo, mi buen señor? ¡Quiere irse! ¡Estábamos tan acostumbrados a usted!

Miré de reojo a miss Harriet; su rostro no se había inmutado. Pero Celeste, la criadita, estaba mirándome. Era una rolliza muchacha de dieciocho años, colorada, fuerte como un caballo y, cosa rara, limpia. A veces, en los rincones, yo la besaba, más por mis hábitos de pensionista que por otra cosa.

Y la comida terminó.

Fui a fumar mi pipa bajo los manzanos, caminando a lo largo y a lo ancho, de un extremo al otro del corral. Todo lo que había reflexionado durante el día, el extraño descubrimiento de la mañana, ese amor grotesco y apasionado que yo había motivado, los recuerdos que despertó su revelación, recuerdos amables y turbadores, quizás también esa mirada que me dirigió la sirvienta cuando anuncié mi partida; todo eso mezclado, combinado, me infundía ahora en el cuerpo una alegría, un escozor de besos en mis labios, y en las venas algo indefinible que me impulsaba a cometer tonterías.

Caía la noche, derramando su sombra bajo los árboles y vi a Celeste que iba a cerrar el gallinero situado fuera del cercado. Corrí hacia ella con paso tan ligero que no me oyó, y cuando se levantaba, luego de cerrar la puertecilla por donde entran y salen las gallinas, la apresé entre mis brazos, cubriendo su ancho rostro con mis caricias. Ella forcejeaba riendo, acostumbrada como estaba a esas cosas.

¿Por qué la solté tan rápidamente? ¿Por qué me volví sobresaltado? ¿Cómo sentí que había alguien a mi espalda?

Era miss Harriet que regresaba, nos había visto y permanecía inmóvil como ante un espectro. Luego desapareció en la noche.

Volví a la casa avergonzado, turbado, más desesperado al sentirme sorprendido así por ella que si me hubiese visto cometer un acto criminal.

Dormí mal, muy nervioso, abrumado por tristes pensamientos. Me pareció oír llorar a alguien. Sin duda me equivocaba. Varias veces también creí que andaban por la casa y que abrían la puerta de afuera.

**V**

Me dormí por fin al amanecer, rendido por la fatiga. Me desperté tarde y sólo salí para almorzar, todavía confuso, sin saber qué actitud adoptar.

Nadie había visto a miss Harriet. La esperamos, pero no apareció. La señora Lecacheur entró en su habitación; la inglesa había salido. Sin duda debía de haber salido muy temprano, como lo hacía a menudo, para ver la salida del sol. Nadie se extrañó y nos pusimos a comer en silencio.

Hacía calor, mucho calor, era uno de esos días abrasadores y pesados en que no se mueve ni una hoja. Habían sacado la mesa afuera, bajo un manzano, y de cuando en cuando Zapador iba a la despensa a llenar el jarro de sidra, pues se bebía mucho. Celeste traía los platos de la cocina, un guiso de cordero con papas, un conejo salteado y ensalada. Luego puso frente a nosotros un plato de cerezas, las primeras del año.

Para lavarlas y refrescarlas pedí a la criada que fuera a sacar del pozo un cubo de agua bien fría.

Volvió a los cinco minutos diciendo que el pozo estaba seco. Había soltado toda la cuerda, pero el cubo regresó vacío luego de tocar fondo. La señora Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma y fue a mirar por la boca del pozo. Volvió diciéndonos que en el pozo había algo que no era natural. Sin duda algún vecino, por venganza, había arrojado allí atados de paja...

Yo también quise mirar, esperando ver algo mejor; inclinándome sobre el borde del pozo distinguí vagamente un objeto blanco. ¿Qué era? Se me ocurrió la idea de bajar un farol atado al cabo de una cuerda.

El resplandor amarillo bailaba sobre las paredes de piedra, hundiéndose poco a poco. Eramos cuatro los que mirábamos por la boca del pozo, porque Zapador y Celeste habían venido también. El farol se

detuvo sobre una masa informe, blanca y negra, extraña, incomprensible. Zapador exclamó

-Es un caballo. Veo los cascos. Se habrá escapado del prado cayendo aquí por la noche.

Pero de pronto me estremecí hasta la médula de los huesos. Acababa de reconocer un pie, luego una pierna levantada; el cuerpo y la otra pierna desaparecían bajo el agua.

Murmuré, muy bajo y temblando de tal manera que el farol osciló desordenadamente encima del zapato:

-Es una mujer la que..., que..., que está allí..., es miss Harriet.

Sólo Zapador no se inmutó. ¡Había visto tantas cosas en África!

La señora Lecacheur y Celeste lanzaron gritos penetrantes y echaron a correr.

Fue necesario sacar el cadáver. Até fuertemente al criado por la cintura y lo hice bajar por medio de la polea, muy lentamente, mirándolo hundirse en la oscuridad. Llevaba en las manos el farol y otra cuerda.

Pronto oímos su voz, que parecía venir del centro de la tierra:

-¡Pare!

Y vi cómo sacaba algo en el agua, la otra pierna; luego ató los dos pies y gritó:

-¡Tire!

Le hice subir; pero sentía los brazos fatigados, los músculos flojos, temía soltar la cuerda y dejarlo caer. Cuando su cabeza apareció sobre el brocal pregunté:

-¿Entonces? -como si esperase que me diese noticias de la que estaba allá en el fondo.

Subimos los dos sobre el reborde de piedra, y frente a frente, inclinados sobre la abertura, izamos el cuerpo.

La señora Lecacheur y Celeste nos espiaban de lejos, ocultas detrás del muro de la casa. Cuando asomaron, por la boca del pozo, los zapatos negros y las medias blancas de la ahogada, las mujeres desaparecieron.

Zapador tomó por los tobillos el cuerpo de la pobre y casta mujer y lo sacó en la postura más inadecuada. La cabeza estaba horrible, negra y desgarrada; y sus largos cabellos grises, sueltos y lacios para siempre, colgaban chorreantes y fangosos.

Zapador dijo con tono despreciativo:

-¡Caramba, qué flaca estaba!

La llevamos a su pieza, y como las mujeres no aparecían, el mozo de cuadra y yo hicimos su adorno mortuario. Lavé su triste rostro descompuesto. Al rozarlo con un dedo, un ojo se abrió un poco, mirándome con esa mirada pálida, con esa mirada fría, con esa mirada terrible de los cadáveres, que parece venir de detrás de la vida. Compuse como pude sus cabellos esparcidos y, con mis manos inhábiles, arreglé sobre su frente un tocado nuevo y singular. Luego le quité sus ropas empapadas en agua, descubriendo un poco, con vergüenza, como si hubiese cometido una profanación, sus hombros y su pecho, y sus brazos, tan delgados como ramas.

Después fui a buscar flores, amapolas, margaritas, hierba fresca y perfumada, con las cuales cubrí su lecho funerario.

Luego, solo a su lado, tuve que cumplir con las formalidades acostumbradas. En una carta hallada en su bolsillo y que había escrito en los últimos instantes, pedía que se la enterrase en esa aldea donde había pasado sus últimos días. Un pensamiento terrible me oprimió el corazón. ¿No sería por mí que quería permanecer en ese lugar?

Al anochecer, las comadres de la aldea vinieron a ver a la difunta, pero yo les impedí la entrada; quería quedarme solo y la velé toda la noche.

A la luz de las velas yo miraba a esa miserable mujer, desconocida para todos, muerta tan lejos, tan lamentablemente. ¿Dejaba en algún lugar amigos o parientes? ¿Cómo habían sido su infancia y su vida? ¿De dónde venía, totalmente sola, errante, perdida, como un perro echado de su casa? ¿Qué secreto sufrimiento, qué desesperación estaban encerrados en ese cuerpo sin gracia, en ese cuerpo arrastrado como una tacha vergonzosa durante toda su existencia, envoltura ridícula que había arrojado fuera de ella todo afecto y todo amor?

¡Cuántos seres desgraciados! ¡Yo sentía sobre esta criatura humana el peso de la eterna injusticia de la implacable naturaleza! Para ella todo había terminado sin que nunca hubiera poseído, quizá, eso que sostiene a los más desheredados: ¡la esperanza de ser amados alguna vez! ¿Por qué se ocultaba, huyendo de los demás? ¿Por qué amaba con tan apasionada ternura todas las cosas y seres que no eran humanos?

Comprendía que ella creyera en Dios y esperara en otra parte la comprensión de su miseria. Ahora iba a descomponerse y se transformaría en planta. Florecería al sol, sería comida por las vacas, llevada como semilla por los pájaros y, hecha carne de los animales, volvería a ser carne humana. Pero eso que se llama el alma se había extinguido en el fondo del pozo negro. No sufría ya. Había cambiada su vida por otras vidas a las que daría nacimiento.

Las horas pasaban en esa vigilia siniestra y silenciosa. Un pálido resplandor anunció la aurora; luego, un rayo rojo llegó hasta el lecho y puso una barra de fuego sobre las sábanas y las manos. Los pájaros despiertos cantaban en los árboles.

Abrí la gran ventana; corrí las cortinas para que el cielo entero nos viera, me incliné sobre el cadáver helado y tomé en mis manos la cabeza desfigurada; luego, lentamente, sin miedo ni disgusto, besé largamente su boca, esos labios que nunca antes habían recibido un beso.

León Chenal se calló. Las mujeres lloraban. En el pescante, el conde de Etraille se sonó repetidamente las narices. Solo el cochero dormitaba. Y los caballos, que ya no sentían el látigo, habían disminuido su marcha, tirando blandamente del coche. El break apenas avanzaba; se había vuelto pesado de golpe, como si hubiese estado cargado de tristeza.